

la afligen, presentarse a sus ojos con el carácter de preso.
—¡Es verdad! ¿Conque no hay remedio?

Y Félix, abrumado de dolor y de vergüenza, salió a la calle y fué conducido a la cárcel, en medio de las bayonetas de algunos soldados, y acompañado del juez que había tomado su declaración.

Por fortuna, las sombras de la noche envolvían la tierra, y la ciudad dormía tranquila, ahorrándole el rubor de que las gentes fijasen con maligna curiosidad los ojos en su avergonzado semblante.

Al pasar por la calle de Tacuba, fijó la vista en la casa número 3, y se enjugó algunas lágrimas arrancadas por el recuerdo de otros tiempos más tranquilos, pasados al lado de la hermosa Soledad, ¡que ahora quedaba triste y abandonada!

Abatido y sin consuelo, absorto en mil ideas a cual más desgarradoras, cruzó en línea recta las calles de Santa Clara, San Andrés, Mariscal y San Juan de Dios, sin poner cuidado hacia dónde caminaba.

De repente, después de haber torcido a la izquierda, entre la Alameda y San Diego, y dado vuelta a la derecha, con dirección al Paseo Nuevo, hizo alto la escolta frente a un vasto, lúgubre y sólido edificio.

Félix salió de su enajenación mental, y al fijar los ojos en el edificio que tenía delante, se estremeció de horror.

Era la «Acordada», la cárcel pública donde habitaban los criminales.

La pesada y elevada puerta giró sobre sus goznes con ruido espantoso.

Félix penetró en aquel fatal recinto, sobrecogido de terror.

Caminó otros cuantos pasos sobre las sucias losas de su lúgubre patio. Volvió a abrirse otra puerta con gruesas rejas.

Félix entró temblando.

La horrenda voz del carcelero, con quien había hablado el juez, pronunció su nombre, al mismo tiempo que, agarrándole de un brazo, lo empujaba hacia adentro. La puerta se cerró tras del inocente preso.

Un ruido horrible para él, de grillos y cadenas, hirió sus oídos. Aquello heló su sangre.

Tantas terribles emociones eran superiores a sus débiles fuerzas; y al verse allí, separado del mundo, sin amigos, abrumado con el peso del dolor y de la más injusta de las acusaciones, no vió más amparo que el del cielo, en su

tribulación, y cayó de rodillas pronunciando con ferviente ardor estas breves palabras:

—¡Dios mío; tú que ves la inocencia de mi corazón, no me abandones...! ¡Haz que resplandezca la verdad y que mi nombre no figure en el catálogo de los criminales...!

CAPITULO III

El dependiente y el principal

¿Qué edificio es ese que, imponente y majestuoso, vasto y elegante, se levanta grandioso, coronado de almenas, entre una humilde iglesia católica y un vistoso camposanto?

¿Quién habita dentro de esas magníficas paredes llenas de elegante balconería, por donde entra a torrentes la luz, y acarician las embalsamadas auras de la feraz ribera de San Cosme y las suaves brisas del antediluviano bosque de Chapultepec?

¿Quién vive en ese admirable palacio, cuya espaciosa puerta de entrada se levanta como la de un alcázar de un príncipe oriental?

¿Habita en él algún distinguido personaje? ¿Algún ministro de Estado? ¿Algún embajador?

No; esas fastuosas personas no habitan junto a los retirados cementerios, que se avienen mal con su lujo deslumbrador y su mundana pompa.

Sus palacios se levantan en medio de los concurridos teatros, de los magníficos bazares, de los casinos, de los notables cafés y de los edificios destinados a las diversiones públicas. Sus balcones ostentan el rico y bordado cortinaje que denuncia la riqueza que poseen, las grandes rentas que disfrutan; sus puertas se ven llenas de orgullosos criados, vestidos de bordadas libreas, que no permiten penetrar sino a determinados personajes, cubiertos de títulos y de honores.

Empero, los balcones del edificio que nos ocupa, están muy lejos de ostentar esa grandeza deslumbradora ni ese lujo fascinador.

Desprovisto el edificio de toda gala exterior, apenas si se ve en ellos alguna humilde cortina de oscura lona, y en el ancho zaguán, tres o cuatro hombres de humilde traje, de rostros macilentos, cubiertas sus despeinadas cabezas con sombreros ordinarios, de inmensas alas, forrados de hule.

D. A. N. Y. I.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE LA
 CATEDRA ALFONSO X
 1

En este palacio, cuya capacidad y belleza arquitectónica contrasta con la pobreza de su adorno, no viven los poderosos, los ricos y felices, sino los más desgraciados seres de la tierra; esos desdichados hombres que han llegado a perder el precioso don con que Dios dotó a la privilegiada criatura para que lo conozca y lo ame; esos infelices que no ejecutan nada que no sea desconcertadamente, que hablan fuera de propósito, que todo lleva en ellos el sello del desordenamiento de la fantasía, y a quienes se conoce con el triste nombre de «dementes» o «locos».

Sí; en ese edificio levantado por el sentimiento de humanidad que imprime la religión en el alma de los buenos, se desliza la vida de centenares de infelices, a quienes la caridad cristiana tiende una mano benévola en el mundo, y les brinda la muerte, el descanso y el reposo.

Por eso se levanta el vasto edificio de los desgraciados entre una iglesia y un panteón; esto es, entre la caridad del hombre religioso, y el fin de sus padecimientos.

Muchos hay que, al visitar esos vastos asilos y oír los desconcertados conceptos de los dementes, sus largos razonamientos en que mezclan lo sólido con lo ridículo, lo inconcebible con lo racional, se ríen de sus delirios, y lo que es aún peor, se emplean algunas veces en excitar a aquellas desorganizadas cabezas, para que continúen tejiendo la tela de los despropósitos.

¡Ah! ¡Eso es incalificable!

Para mí no hay espectáculo que más me conmueva, ni en que vea más patentemente humillada nuestra soberbia, que al contemplar a un hombre loco y fuera de sí, proferiendo palabras inconvenientes, ejecutando acciones desarregladas, y dirigiendo preguntas ridículas y fuera de propósito.

Menos malo considero la muerte, que el vivir en un estado continuo de enajenación mental, donde el hombre es inferior a las bestias insensatas.

Pero parte de los personajes de nuestra historia, nos esperan dentro de esas sólidas paredes, y es preciso penetrar en su recinto, por mucho que nos duela ver sufrir y padecer a la desgraciada humanidad.

Apenas hemos pasado el umbral de la puerta y hemos entrado al largo corredor que conduce a un espacioso patio, con una gran fuente en medio, cuando nos encontramos con un hombre de rostro enjuto y pálido, que con una seriedad extrema, nos recibe echándonos bendiciosos y re-

citando algunas palabras en latín. Es un desventurado a quien se le ha metido en la cabeza que es arzobispo.

Más adelante se ve una persona de noble presencia, dando voces de mando a los batallones que se figura tener a sus órdenes. Es otro demente que sueña ser general, y que, provisto de un papel, que él se figura mapa, se acerca a todos los que entran, para informarles de los puntos que ocupa el enemigo, y del plan de ataque que tiene concebido para envolver a sus contrarios y hacerlos prisioneros.

En un ángulo del patio, y subido sobre una mesa, se ve a otro, tan falto de juicio como los primeros, que, con las palmas unidas y colocadas cerca del pecho, con los dedos hacia arriba, fijos los ojos en el cielo, inmóvil como si fuese de piedra, sin hacer caso de los que a él se acercan ni responder a ninguna de las preguntas que se le hacen, permanece quieto, sin querer tomar alimento ni bajarse un instante de aquel sitio. Ha dado el infeliz en la idea de que es santo, y se niega a tomar alimento y a satisfacer toda necesidad natural, alegando que los santos no comen ni tienen necesidades de ninguna especie. Para obligarle, pues, a que asista al refectorio, es preciso que alguno de los loqueros se acerque y le diga con voz hueca y de mando: «Yo soy Dios, y como Dios te ordeno que vayas a comer.» Entonces baja de la mesa de un salto, pero sin perder la actitud de sus manos ni de su cuerpo, penetra en el comedor sin dirigir la vista a ningún lado, toma rápidamente el alimento, y sin pronunciar palabra ni mirar a ninguna parte, sale con la misma seriedad que entró y vuelve a colocarse de nuevo en el ángulo del patio, sufriendo impertertable el sol, el agua y el viento.

—¡Cómo me conmueve la triste suerte de estos desgraciados!—decía al administrador del establecimiento, un elegante joven que daba el brazo a una mujer hermosa, en cuyo semblante estaba impresa la tristeza, y a cuyo lado marchaban dos niñas encantadoras.

—Sí, señor Núñez; son dignos de lástima—contestó el administrador, que era un hombre como de unos cuarenta y cinco años, de noble presencia y de una instrucción no común—. Doce años llevo de vivir en esta casa, de verles a todas horas, y no he podido acostumbrarme a ver con indiferencia su desgracia.

—¿Y quién es ese que al acercarnos se pone sobre la cabeza esa tabla y se acurruca en el rincón, lleno de temor?

—Ese es un filósofo que, velando y estudiando noche y

día por descubrir la causa de que pasen a la imaginación los objetos con sus formas y colores, ha creído encontrar la solución diciendo que su cabeza es de vidrio azogado, a manera de espejo, y siempre que se acerca alguno, graniza o pasa por alguna puerta estrecha, se cubre con la tabla para que no se la rompan.

—Y ese que está haciendo números en la pared, ¿es algún aritmético que busca la solución de algún gran problema?

—No, señor; ese es un desgraciado jugador que está escribiendo el sistema de no perder nunca.

La mujer que se apoyaba en el brazo de Núñez, exhaló un suspiro, fijó los ojos en el infeliz demente y reconoció en él al esposo de doña Crucecita, la inseparable amiga de la mercachifle doña Anita.

—Sí, señores; es verdad; mi combinación es infalible —dijo el ex empleado, volviéndose a ellos y suspendiendo su trabajo—. Estos cuarenta números que ven ustedes aquí representan las cuarenta cartas; pues bien: supongamos que el uno es un rey y el dos un caballo: tenemos de capital cien pesos; ¿a cuál pongo?, al caballo diez pesos: ¿se ganó o se perdió el albur? Si se perdió...

—Bueno, bueno —dijo el administrador interrumpiéndole—. Siga usted su cálculo, que pronto vendremos a que nos explique usted su sistema.

—Bien; les espero a ustedes y les enseñaré, a la vez, una obra que estoy escribiendo, que se intitula: «Reflexiones para después de haber perdido.»

—¿Hace mucho tiempo que se encuentra ese hombre en este hospital?—preguntó la bella mujer, cuando se hubieron alejado algo del cesante.

—Poco más de un mes, hermosa Elisa. ¿Lo conoce usted acaso?

—Sí, señor; fué mi vecino en la casa número 3 de la calle de Tacuba.

—El Gobierno —advirtió el administrador— no le pagaba; trató entonces de sacar del juego el diario para mantenerse él y su mujer, y no consiguió otra cosa que perder el juicio.

—¡Oh!, yo no sé —dijo Núñez— cómo se llega a grabar en nuestra cabeza una idea que, siendo absurda para todo el mundo, y aun para los más ignorantes y los niños, le parezca a un loco, por sabio que haya sido, lo más natural y lógico que puede concebirse.

—Ese es uno de tantos misterios de la naturaleza que no pueden explicarse.

Y ambos, compadeciéndose de los desgraciados seres que habían tenido la desgracia de verse privados de la facultad más noble que Dios ha concedido al hombre, y hablando sobre el ningún conocimiento que tenía aún la ciencia con respecto a las causas de esa terrible enfermedad, continuaron andando y se encontraron en un espacioso patio, adornado de otra abundante fuente, de variadas flores y de un copudo árbol, que enviaba una benéfica sombra a su alrededor.

Junto a la fuente, y en actitud magistral, elevando cuanto le era posible la voz, se veía un hombre, alto y seco, que se ocupaba en emitir estos conceptos: «Yo soy Salomón, hijo de David, rey de Israel. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Los necios desprecian la sabiduría y la doctrina. Hijo mío, si te halagasen los pecadores, no condesciendas con ellos. Hijo mío, no olvides mi ley, y guarde tu corazón mis preceptos. No se aparten de ti la misericordia y la verdad. No estorbes hacer bien a aquél que puede; si puedes, hazlo tú mismo también.»

—¿Cómo? —dijo Núñez al administrador—. ¿Y a hombre que predica doctrina tan salvadora se encierra en un hospital? Más lo merecían los apóstoles de la impiedad, que sin instrucción alguna se atreven a verter máximas disolventes y antirreligiosas.

—Tiene usted razón; y éste, si no estuviese encaprichado en que es Salomón, podría pasar por el más cuerdo del mundo, porque siempre contesta acorde con algún texto de la Escritura.

—¿Es posible?

—Va usted a juzgarlo.

Y el administrador, acercándose al desgraciado demente, que continuaba recitando todos los proverbios, le dijo:

—Las máximas del filósofo Voltaire son más halagadoras y persuasivas.

—No te deleites en las sendas de los impíos —contestó el loco— ni te agrade el camino de los malos. Huye de él, y no pases por él; desvíate y abandónalo, porque no duermen si antes no han hecho mal; y el sueño es arrebatado de ellos, si no han armado alguna zancadilla. Comen el pan de la impiedad, y beben el vino de la maldad. Mas la senda de los justos, como luz que resplandece, va adelante, y crece hasta el día perfecto. El camino de los impíos es tenebroso; no saben dónde caerán.

U. A. N. N. I.
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 CATEDRA ALFONSO X

—¡Ay, mamá!—dijo una de las niñas, agarrándose asustada al vestido de Elisa.

—¿Qué tienes, Teresita?

—¿No ve usted ese hombre que anda como los animales, sobre las manos y los pies?

—No se asuste usted, Teresita —contestó el administrador—; es un loco pacífico, que se cree Nabucodonosor, cuando Dios lo convirtió en bestia; más adelante encontraremos otro, subido sobre el tronco de un árbol, que ha dado en la manía de que es jilguero, y todo el día lo pasa allí silbando y pasando de una rama a otra.

—Siempre había creído que las personas de poca instrucción y corto entendimiento, eran las únicas expuestas a dar entrada a una idea extravagante y a todas luces ridícula; pero con asombro veo que, aun los hombres de más ingenio, de experiencia y saber, están expuestos a los mismos extravíos.

—Tan cierto es eso —dijo el administrador—, que voy a referirle a usted un caso que trae el ilustrado Muratori: «Se había imaginado el padre Sgambari, jesuita, hombre adelantado en las ciencias y autor de varias obras, que le habían nombrado cardenal; no se halló modo ni valieron palabras para convencerle de tan bello fantasma. Su padre provincial le hizo un discreto y amigable razonamiento, con deseo y esperanza de hacerle mudar de parecer, el cual no alcanzó otra respuesta que el dilema siguiente: O vuestra reverencia me tiene por loco o no; si no, me infiere un notable agravio; si me imagina loco, perdóneme vuestra reverencia que le diga que es más loco que yo, porque piensa curar a un pobre loco con sólo palabras.

»La respuesta fué aguda.

»Fuera de esta gustosa persuasión, dice el mismo Muratori, retenía el juicio en orden a las primeras materias científicas, respondía con alegre afabilidad, y abría todo el erario de su doctrina a aquellos jóvenes estudiosos que recurrían a él en las dificultades que se les ocurrían, pero con tal que la petición comenzase con el título de «vuestra eminencia».

—De manera —advirtió Núñez— que hubiera sanado si un Papa le hubiese creado Cardenal.

—En mi concepto, sí. Por la experiencia adquirida al cabo de tantos años de verles diariamente, he notado que el mejor medio de traerles a la razón, es engañarles con la misma clase de engaño de que están poseídos. A uno se le había puesto en la imaginación ser nuestro padre Adán, y estaba

acostado todo el día debajo de un árbol del segundo patio, esperando a que durante su sueño naciese Eva de una de sus costillas. El médico del hospital, que es un joven de capacidad y de talento, hizo venir una joven hermosa, pero de una familia pobre, a quien se recompensó liberalmente, para que en un rato en que el loco dormía, se colocase a su lado, y al verle despertar, se fuese presentando poco a poco, como si saliese de su costilla. La ocurrencia tuvo tan buen éxito, que el desgraciado, viendo cumplido lo que esperaba, recobró inmediatamente el juicio.

—A ese ejemplo —dijo Núñez— se puede agregar aquel otro, bastante conocido, de un infeliz que había dado en la manía de que le habían nacido cuernos, y no atendía a razones en contrario. Un médico se ofreció a curarlo, con tal que se los dejase cortar, prometiéndole hacerlo con toda destreza. Llevó consigo ocultamente un par de astas, y después de un gran aparato de sierras y hierros, que hicieron temblar al paciente, pasó a practicar aquella gran operación; saltaron a tierra las dos armaduras cortadas, y en medio del aplauso de los presentes, dejó al hombre enteramente sano y de un humor alegre y satisfecho.

—Aquí tuvimos un loco —dijo el administrador—, cuya manía era asegurar que tenía un pájaro metido en la cabeza. El mismo joven médico de que he hablado antes, viendo que no había medio de traerle a la razón, recurrió al mismo medio de que se había valido el que usted dice para curar al de los cuernos, y al efecto hizo sentarse al enfermo, preparó una porción de instrumentos, y dió al acto toda la importancia que más pudiese sorprender al enfermo. Hecho esto, oprimió terriblemente la cabeza del loco, dejó los instrumentos, y después de fingir que introducía los dedos por la incisión que había practicado, le presentó al enfermo un pájaro vivo que había mandado que tuviesen dispuesto para el caso. El loco quedó asombrado y contento al ver en su mano lo que hasta entonces creyó tener dentro de la cabeza; se levantó dando las gracias, y perfectamente sereno; pero cuando todos cantábamos ya victoria, lo vimos caer otra vez triste sobre la silla, exhalando un suspiro. «¿Qué tiene usted —le preguntó el médico—; ¿no le he sacado a usted ya el ave?» —«Sí —contestó el loco—, pero no he sanado aún». —«¿Por qué?» —«Porque se han quedado dentro el nido y la cría.»

El médico conoció que aquel loco no tenía remedio.

—Eso prueba que el sistema que para unos da los más felices resultados, es ineficaz para otros.

Mientras así hablaban, se dirigían a otros departamentos llenos de desgraciados, entretenidos en sus diversas locuras. Elisa caminaba triste y afligida, dominada por melancólicas ideas.

—Mamá —le dijo Julia con infantil acento—, ¿a qué hora llegaremos a la habitación en que se encuentra nuestro amado padre?

—¡Muy pronto, hija mía; muy pronto!

—¡Hace tanto tiempo que no lo veo! ¡Pobrecito! Se acordará mucho de mi hermanita y de mí, ¿no es verdad?

—¡Acordarse! —dijo conmovida Elisa—. ¡Sí... sí; se acuerda de vosotras!

—¡Oh, qué gusto! Todas las noches he rezado por él. ¡Le quiero tanto!

—Dios tenga a bien que se alivie pronto —dijo Teresita—, para que tú dejes de llorar, querida mamá.

—Sí, se aliviará, señoritas—dijo el administrador.

—¿De veras?—preguntó Julia.

—El médico me lo ha asegurado.

—Nuestra mamá no ha querido traernos otras veces que ella ha venido, porque no nos afligiésemos viéndole padecer; pero es tan buena, que hoy ha accedido a nuestros ruegos.

—Ha hecho muy bien. Ahora lo encontrarán ustedes tranquilo y jugando con un criado que le he puesto con este objeto, para ver si logramos traerle a la razón, haciéndole creer que gana siempre.

—¡Dios lo quiera!

—Ahí lo tienen ustedes; ya hemos llegado a su cuarto.

Era éste un estrecho aposento con una limpia cama colocada en uno de los rincones, y una mesa con dos sillas en medio.

Diego, provisto, lo mismo que el criado que con él jugaba, de una porción de monedas falsas, se ocupaba en poner a la carta que le parecía, y que el criado procuraba saliese, para tenerlo contento.

Estaba flaco como un esqueleto, y pálido como un cadáver.

Julia y Teresita se conmovieron profundamente al ver el triste estado en que encontraban al desdichado a quien debían la vida.

Dominado constantemente por la idea del juego, aquel hombre apenas tomaba alimento ni dormía.

Sólo cuando se le hacía creer que había ganado una

fuerle suma, se lograba que se entregase un instante al sueño.

El médico, por lo tanto, había desesperado de su curación; y si el administrador aseguró momentos antes lo contrario, fué por verter el consuelo en el sencillo corazón de aquellas inocentes criaturas.

Pero él mismo, así como el facultativo, lejos de creer que pudiera aliviarse, abrigaban la firme convicción de que no podría resistir por mucho tiempo al estado de aniquilamiento en que se hallaba.

Diego alzó la cabeza al ver que se acercaba gente, y fijó la vista en sus dos angélicas criaturas.

Un rayo de luz, el sentimiento de la sangre, pareció iluminarlo en aquel momento.

Dejó las cartas sobre la mesa; exhaló una exclamación de placer, y corrió con los brazos abiertos a abrazar a sus candidas hijas, exclamando:

—¡Teresita..., Julia...!, ¡hijas mías...!, ¡al fin tengo el consuelo de haberos vuelto a ver!

—¡Papá...! ¡querido papá...!—exclamaron a su vez aquellos dos ángeles, colgándose del cuello del autor de sus días y cubriéndole de besos.

Aquella escena conmovió a los que la presenciaban.

Elisa lloraba de placer, y Núñez, enternecido como ella, sintió humedecerse sus ojos.

—¡Oh..., gracias, Elisa...! —continuó Diego, estrechando con cariño la mano de su esposa—, ¡gracias, porque me has proporcionado la dicha de ver a mis queridas hijas...!

Y las acariciaba sin cesar, enajenado de júbilo.

—¿Estás contento, papá, porque hemos venido a verte?

—¡Que si estoy contento...! ¡Oh...!, como nunca lo he estado...; como no es fácil estarlo en el mundo...

Al escucharle hablar de aquella manera, el administrador concibió alguna esperanza de que recobrase la razón.

Núñez y Elisa participaron de la misma lisonjera opinión. Creyeron que el sentimiento paternal y el amor a sus tiernas hijas, podría absorber de nuevo todas sus potencias, sobreponiéndose a la fatal idea del juego.

¿Acertaban en sus conjeturas?

Al verle posponer las cartas en que había estado jugando, a la dicha de colmar de atenciones a los amados seres que no se saciaba de contemplar, cualquiera hubiese afirmado que la naturaleza triunfaba al fin del vicio y de la locura.